

pedagogía, arqueología, política o religión, en una carta literaria o en una nota necrológica. Ello sugiere que el reproche está a flor de conciencia e irrumpe en ella a la menor incitación. Lo que más le repele es la vulgaridad ambiente, y a ella dedica sus más agudas diatribas. «¿Qué es la vulgaridad?—pregunta—. La dictadura del egoísmo, la servidumbre de la rutina y la indiferencia por las grandes cosas»⁴³. La vulgaridad es la tónica de la burguesía, el canon por el que se rigen las modernas mesocracias. Bajo su imperio, la sociedad pierde su variedad y energía, justamente aquello que puede hacerla digna y amable, y se convierte en una masa uniforme y desmarrida en la que despuntan sólo los más ruines apetitos. No hay duda de que para Giner, la Restauración viene a aumentar el ya grueso caudal de vulgaridad que discurre por la vida española del siglo pasado. En sus invectivas, pues, lo que descuella, junto con el diagnóstico de las lacras sociales, es el desdén que siente hacia lo chabacano y lo desabrido el hombre de natural delicadeza y fina sensibilidad estética. La vulgaridad—dice—es «la nada de las clases sociales»⁴⁴. Y recién restaurada la monarquía, declara: «todo está calculado... para el cultivo intenso de la vulgaridad»⁴⁵.

El fracaso de la juventud de 1868, visto desde la atalaya de la Restauración y la Regencia, resulta no haber sido fracaso porque, en rigor, no había habido juventud. Sanz del Río, en éste como en otros casos, se había dejado arrastrar por su optimismo personal y doctrinal. Su misma impaciencia por llegar a un mundo ideal le había hecho entrever en el horizonte vislumbres inexistentes, y tales eran su fe y su capacidad suasoria que muchos de sus discípulos llegaron a compartir el espejismo. Muerto en 1869, cuando la Revolución triunfante todavía despertaba gratas esperanzas, el maestro se llevó consigo para siempre la creencia en el arribo inminente de la Edad de Perfección. Sus discípulos, entre los que había agentes y víctimas de los descabros subsiguientes, no pudieron mantener viva la confianza nacida al calor de la palabra magistral. Giner comprende cuán fuera de propósito está el solazarse con la utopía en un mundo como el circunstante, en el que, como diría Unamuno más tarde, los jóvenes, de quienes se espera la salvación, carecen de juventud, nacen ya viejos, avezados a todas las marrullerías y concupiscencias de sus mayores y prontos a reemplazarlos para repetir a su vez, si no para sobrepasar, las torpezas que de ellos han aprendido. La juventud del día, clama Giner en 1870, no tiene vocación de sacrificio y sí ambición de poder, «no ha sido educada para el Calvario, sino para el Capitolio»⁴⁶; pero añade, «su conducta ha

⁴³ «Teoría y práctica», OC, VII, pág. 140.

⁴⁴ «Spencer y las buenas maneras», OC, VII, pág. 159.

⁴⁵ «La educación del 'filisteo'», OC, VII, pág. 274.

⁴⁶ «La juventud...», OC, VII, pág. 128.

sido la que debía esperarse de todos los precedentes»⁴⁷, y sus precedentes son los mundanos criterios de éxito que impone la sociedad.

Esta condición de la juventud es tanto más deplorable cuanto que sólo de las nuevas generaciones puede partir un movimiento de ideas con promesa de regeneración nacional. Mas conviene advertir que tales ideas no deben ser meras abstracciones fraguadas *more geometrico* por el pensamiento discursivo. Giner estima que lo que más rotundamente ha fracasado en la cultura occidental es su arrogante intelectualismo, su propensión a dar a la inteligencia una primacía absoluta sobre las demás facultades de la psique. Y cuando el intelectualismo se degrada produce una cultura retórica y sofística, en la que se atribuye más importancia a la facilidad de palabra y el malabarismo mental que a la verdad y el buen sentido. Ahora bien—dice Giner—, el ergotismo lo «tenemos [los españoles] como un vicio en la sangre y medula desde antes que hubiera escolástica en el mundo»⁴⁸. La «manía de la oratoria», trasplantada a las universidades, ha sido uno de los motivos principales de la perversión de la juventud, pues la ha llevado a creer que con «charlatanería y desenfado» se puede ir a cualquier parte. El joven universitario español—señala Giner en 1888—no se ha percatado todavía de que ha llegado «la época de la indagación personal, concienzuda, realista, de los métodos intuitivos y autospectivos, de la contemplación directa de las cosas»⁴⁹, y de que esta nueva actitud «por doquiera sustituye al verbalismo, a los lugares comunes, al mero estudio de los libros y a la fácil sumisión con que un espíritu, a la par escéptico y servil, se rinde a las opiniones magistrales y a las doctrinas hechas»⁵⁰. Para ese joven, la universidad sigue siendo una «sociedad de hablar» que le adiestra para ingresar en otras «sociedades de hablar», que van desde las Cortes hasta la tertulia de café, y que incluyen menesteres y profesiones que en otros países no rinden culto tan idolátrico a la palabra hablada.

Lo que Giner exige de la juventud son, según la terminología krausista, no tanto *ideas* como *ideales*, esto es, estímulos a la acción eficaz. Etapa primerísima de esa acción debe ser el destierro de la indigencia y la ignorancia. Hay que empezar desde el principio, es decir, hay que robustecer cuerpos minados por el hambre y la falta de higiene y agilizar mentes entorpecidas por el analfabetismo, el desamparo y la ramplonería. Todo lo demás, si viene, vendrá después. De aquí brota, creemos nosotros, mucha de la ideología «regeneracionista», y en particular, el apasionado fundamentalismo que es denominador común de

⁴⁷ *Ibid.*, OC, VII, pág. 110.

⁴⁸ «Sobre reformas...», OC, II, pág. 77.

⁴⁹ «Sobre el estado de los estudios jurídicos en nuestras universidades», OC, II, pág. 174.

⁵⁰ *Ibid.*, OC, II, pág. 175.

hombres tan dispares como Costa y Mallada, Morote y Sánchez de Toca, Isern y Macías Picavea, y que mezclado con otras corrientes ideológicas llega a influir en algunas figuras del 98: Unamuno, Maeztu, *Azorín*, Baroja.

VI

Ahora bien, aunque el rescate del hombre es lo primero a que hay que atender, lo que a la larga importa es habilitarle para una vida más amplia y honda que la que ahora lleva. Sin esa meta, todo esfuerzo sería vano y baldía toda esperanza. Hay evidencia bastante para pensar que la confianza de Giner en el «ideal de la humanidad», según el evangelio de Krause y Sanz del Río, flaquea bastante ante el embate de la «vida agria, dura, fiera, sombría, de la segunda mitad del siglo XIX»⁵¹, pero no cabe decir que se quebrante. Del horizonte, es cierto, se ha borrado la mentida aurora de un mundo mejor. El camino será mucho más largo y penoso de lo que se había supuesto y, por consiguiente, amén de cargarse de paciencia, habrá que forjar medios nuevos de ayudar a la historia a que apresure el cumplimiento de su implícita promesa.

Cuando en 1875, durante su destierro en Cádiz, Giner concibe la idea de la Institución Libre de Enseñanza, y esa idea, secundada por otros hombres animosos, se trueca en realidad un año más tarde, entra en acción uno de los medios para «la edificación sistemática de una nueva vida». Conviene señalar que ni Giner ni sus colaboradores se hacen al principio muchas ilusiones acerca de la viabilidad del proyectado organismo, no sólo porque habrá de tomar cuerpo en un ambiente, desde luego, hostil, sino porque, en fin de cuentas, sus fundadores, con escasas excepciones, son catecúmenos de la pedagogía, por lo menos del género de pedagogía que preconiza Giner. Como todo lo demás, la Institución también tiene que empezar desde el principio aprovechando en lo posible las experiencias de ultrapuertos, dando mil trompicones y cometiendo errores cuya rectificación pondrá a prueba la paciencia y el amor propio de sus dirigentes. En 1880, cuando el nuevo centro cumple los cuatro años, su fundador no puede menos de pasar revista al cúmulo de dificultades a salvar: «la hostilidad de los unos, la incredulidad de los otros, el espíritu de partido, la calumnia, el desdén, el desagradecimiento, y las mayores y más graves de todas [los obstáculos]: la incultura general de la nación y nuestra propia sensible inexperiencia»⁵².

⁵¹ «Salmerón», en FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS: *Ensayos y cartas*, México, 1965, pág. 168.

⁵² «El espíritu de la educación en la Institución Libre de Enseñanza», OC, VII, pág. 51.

Como ve sin esfuerzo quien estudia su historia temprana, la Institución es un último recurso del humanismo liberal, un remedio heroico al que acuden unos hombres que, en el orto de la Restauración, suscriben tres postulados fundamentales: *a)* que urge desentenderse por completo de la España oficial; *b)* que nada cabe esperar de las revoluciones, porque la «de arriba» degenera en el ordenancismo, y la «de abajo», en la barbarie, y *c)* que no se puede seguir como se está. Con palabras de Ortega, se diría que éste es el epílogo que pone un alma desilusionada a las convulsiones de 1868-1874. De una confianza nunca muy firme en la acción política, Giner pasa al apoliticismo, actitud en la que no todos sus amigos y colaboradores le imitan, pero que, habida cuenta del prestigio gineriano, contribuirá a acentuar el menosprecio con que no pocos intelectuales españoles miran la política hasta bien entrado el siglo xx. La abstención de Giner no es, sin embargo, absoluta: «Alejados de la política—escribe en 1889—, donde es nuestra creencia que se malgastan grandes esfuerzos para resultados mínimos, estamos siempre prontos a dar, sin embargo, un consejo y ayudar a poner mano en las reformas gubernamentales, apenas por rara extravagancia de la suerte se juntan allá en las alturas un relámpago de buen sentido y una disposición benévola para nuestros ideales; persuadidos, no obstante, de que casi todo cuanto en este orden auxiliemos a levantar está condenado por largo tiempo a ser destruido, no bien el relámpago pasa y la corriente de la vulgaridad... recobra... su natural y hasta legítimo imperio»⁵³.

Pues bien, ¿qué hacer? La respuesta gineriana es tan sencilla como insólita: *hacer hombres*, y hacer hombres equivale a educarlos, a cuidar que del brote del párvulo y la flor del niño se desarrolle y sazone el fruto del adulto. En tamaña potenciación humana radica para Giner la única esperanza de salvación. Sólo unas vidas nuevas pueden crear una nueva vida. A quienes objetan que dado el estado de España a fines del siglo pasado, ello supone aplazar *ad calendás Graecas* el ansiado cambio radical, les contesta que «una experiencia dolorosa comprueba cada día más el principio incontestable de que sólo la lenta y varonil educación interior de los pueblos puede dar seguro auxilio a la iniciativa de sus individualidades superiores y firme base a la regeneración positiva y real de sus instituciones sociales»⁵⁴. Hay que cargarse de paciencia y no pedir milagros a una orientación novel en que todo, absolutamente todo, está por hacer, y cuyo objetivo es nada menos que «desenvolver individual y socialmente hasta el nivel máximo que en cada punto quepa las potencias físicas, intelectuales, morales y afectivas

⁵³ «Prólogo», OC, XII, págs. 21-22.

⁵⁴ «La juventud...», OC, VII, págs. 110-1.

de la naturaleza humana»⁵⁵. En vista de la magnitud del fin y la cor-
tedad de los medios, Giner aconseja a sus colegas de la Institución
«tener más modestia..., renunciar a la infalibilidad..., escudriñar en el
fondo de nuestra conciencia nuestros móviles..., ser más severos con
nosotros mismos y más humanos con los demás»⁵⁶. Pero la misma ri-
gurosa fiscalización que se recomienda puertas adentro, habrá de ser
aplicada puertas afuera. Contra las fatuas proclamas ministeriales y los
juegos florales parlamentarios acerca de la instrucción pública hay que
decir cuál es el verdadero estado de cosas: la insuficiencia de escuelas;
la falta de material pedagógico; la desdichada condición—mitad cárcel,
mitad pocilga—de la escuela rural; la ínfima preparación del maestro,
consonante, sin embargo, con su vergonzosa remuneración; la índole
pasiva, memorista, de la enseñanza. Durante cuarenta años, desde las
páginas del *Boletín* de la Institución, Giner divulga sus ideas y espe-
ranzas, sus recelos y aversiones, y con ello hace de esa publicación una
especie de diario íntimo, el único con que contamos hasta que se reco-
jan, ordenen y publiquen sus papeles personales. «Hacer hombres»
supone, como medida preliminar, hacer a los «hacedores de hom-
bres», es decir, a los maestros. El magisterio, ejercido con inteligencia,
sensibilidad, rectitud y sencillez, habrá de tomar sobre sí la cura de
almas y cuerpos, la «formación íntegra del hombre». En la educación
así concebida, con fe que hoy nosotros quizá estimemos excesiva, Giner
descubre la clave de la felicidad individual y la redención social.

VII

El desastre del 98 representa para Giner un eslabón más en la larga
cadena de calamidades seculares. Las humillaciones de Santiago y Cavi-
te no son el ejemplo con que cierra la historia una etapa de torpeza
y villanía, sino un simple comentario marginal que, a lo sumo, persua-
dirá a los aún no persuadidos de que España—como Giner asegura
en 1901—es «la tierra... donde por ahora toda miseria espiritual y ma-
terial tiene su asiento»⁵⁷. Ya en septiembre de 1896, venteando la ca-
tástrofe que se acerca, cuando arde la guerra en Cuba y la insurrección
en Filipinas, Giner escribe a Leopoldo Alas: «¡Qué horas éstas; qué
horrores; qué ruina moral, material, de todas clases; qué amargura;
qué caída; qué corrupción; qué piedad tan inmensa entra en el alma
toda por tanto dolor dentro y fuera de nosotros, tan bajo como va cayen-

⁵⁵ «Problemas urgentes de nuestra educación nacional», OC, XI, pág. 177.

⁵⁶ «Prólogo», OC, XII, pág. 25.

⁵⁷ «La Universidad de Oviedo», OC, XII, pág. 288.

do, cayendo, este pobrecito pueblo, que saldrá de esta agonía, pero cuándo!»⁵⁸. En ese «cuándo» se transparenta un espíritu en angustia mortal, abrazado ardorosamente a una fe en el destino humano que la filosofía crea y que la historia destruye. Aquel «gran agitador de espíritu», como le llama Unamuno, luchaba a brazo partido con su duda y su esperanza, buscando en sí mismo el convencimiento que necesitaba para convencer a otros. No es extraño que don Miguel, que sabía mucho de estas cosas, escribiera de don Francisco: «Aquel hombre, que se pasó la vida clamando: '¡paz, paz!', era un gran luchador. No podía ser de otra manera. La verdadera paz, la paz fecunda, la paz digna, la paz justa, no se obtiene más que con la lucha»⁵⁹.

JUAN LOPEZ-MORILLAS

Dpt. of Spanish
The University of Texas
AUSTIN, Texas, 78712 (USA)

⁵⁸ *Cartas y ensayos*, págs. 115-6.

⁵⁹ MIGUEL DE UNAMUNO: «Recuerdo de don Francisco Giner», en *Obras completas*, Madrid, 1966, III, pág. 1178.